

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO Y EL REGIONALISMO LITERARIO MONTAÑÉS

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN
Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN:

Marcelino Menéndez Pelayo desempeñó un notable papel como impulsor, promotor y guía del movimiento literario regionalista que surge en Cantabria en el último tercio del XIX, y del que José María de Pereda es la figura más destacada, si no la única de relevancia nacional. Se analiza el regionalismo literario como movimiento más o menos organizado o coherente en la región que hoy se llama oficialmente Cantabria y que sus ciudadanos de entonces -y también los foráneos- conocían como La Montaña, sus escasos resultados y la presencia en él de la figura de un joven Menéndez Pelayo.

PALABRAS CLAVES:

Menéndez Pelayo. José María de Pereda. Regionalismo literario. Cantabria. La Montaña.

ABSTRACT:

Marcelino Menéndez Pelayo played a remarkable role as driving force, promoter and leader of the regionalist literary movement that emerges in Cantabria in the last third of the 19th century, where José María de Pereda is the most prominent figure, if not the only one of national relevance. In this paper the literary regionalism is analysed as a more or less organized and coherent movement in the región officially called Cantabria nowadays and that its then citizens – and others – knew as La Montaña (The Mountain), its scant results and the presence in it of the figure of a young Menéndez Pelayo.

KEY WORDS:

Menéndez Pelayo. José María de Pereda. Literary regionalism. Cantabria, La Montaña.

Entre los muchos aspectos y dimensiones que pueden considerarse en la biografía, personalidad y actividad intelectual de Marcelino Menéndez Pelayo hay uno que, por su carácter aparentemente localista, acaso se tenga por menor (no entre sus paisanos, por cierto), en comparación con las otras tareas que abordó y llevó a cabo. Me refiero al notable papel que ejerció como impulsor, promotor y guía del movimiento literario regionalista que surge en Cantabria en el último tercio del XIX, y del que José María de Pereda es, sin duda, la figura más destacada, si no la única de relevancia nacional.

No puedo, en la limitada extensión prevista para estas páginas, detenerme a referir con detalle los orígenes, circunstancias y características de aquel movimiento, ni

tampoco a enumerar sus participantes, propósitos y resultados. Pero sí conviene, para situar y evaluar la responsabilidad menendezpelayina, recordar sus líneas fundamentales¹. Y acaso lo primero que cabría discutir es si podemos hablar de un *regionalismo literario*, como movimiento más o menos organizado o coherente, en la región que hoy se llama oficialmente Cantabria y que sus ciudadanos de entonces -y también los foráneos- conocían como «La Montaña». Si atendemos a los resultados y a la difusión de ese presunto movimiento, parece que aquellos fueron escasos, y esta, muy limitada, exceptuando a quien pasa por ser su principal maestro y mejor representante, José María de Pereda. Pero no cabe duda de que, si no como un *movimiento* literario claramente definido y afianzado, ni tampoco como una *escuela* (aunque el término llegó a emplearse), son perceptibles algunos de los requisitos que suelen darse en tales fenómenos: antecedentes y punto de arranque, promotores e impulsores, órganos de expresión y de difusión, proyectos y resultados. Y es ahí donde aparece, en hora muy temprana, la figura de un joven Marcelino Menéndez Pelayo.

En febrero de 1876², como muestra de agradecimiento al Ayuntamiento de su ciudad natal, que le había concedido una pensión para ampliar sus estudios e investigaciones en diversas bibliotecas europeas, el recién doctorado dirige una instancia a la corporación municipal, solicitando que acepte la dedicatoria del primer volumen de una «serie de *estudios críticos sobre escritores montañeses*» que se dispone a publicar, como fruto de lo que él mismo denomina «modestas tareas bibliográficas [dedicadas] al enaltecimiento de las glorias literarias de esta su provincia natal» (Maza Solano, 1931: 149). Aunque los objetivos de tales pesquisas eran eminentemente históricos, no faltaba en su intención el propósito de afirmar y reivindicar una cierta personalidad regional propia, a su juicio insuficiente e incorrectamente definida. Así puede deducirse de las razones que esgrime en otro escrito suyo de ese mismo año, este dirigido a la Diputación Provincial, agradeciendo también la pensión concedida para los mismos fines: «algunas tareas he dedicado al estudio de las obras de los montañeses ilustres, pesaroso de la atención exclusiva que los historiadores de nuestro país dedican a las armas, cual si nunca hubiesen florecido las letras en esta comarca» (Maza Solano, 1931: 150)

Como advierte el mismo erudito cántabro, buena parte de la responsabilidad en esta primera dedicación del joven investigador al estudio de las «glorias regionales»

¹ Además de los trabajos citados en la bibliografía, debo algunos datos e ideas a la generosidad de mi colega y amigo Salvador García Castañeda, al permitirme la consulta de un artículo suyo (inédito cuando escribo estas páginas) que se publicará en el volumen monográfico del *BBMP* dedicado a Menéndez Pelayo, en 2012.

² Para recordar ese notable episodio de la biografía intelectual de nuestro sabio acudo al artículo de Maza Solano, 1931, del que resumo aquí los datos más pertinentes a mi propósito.

obedece a los consejos y estímulos de su maestro Gumersindo Laverde Ruiz, quien ya en septiembre de 1875, le había propuesto «una serie de proyectos que usted, mejor que nadie, puede y debe realizar», entre los que ocupa el primer lugar el de «Escritores ilustres de la Provincia de Santander», desde el Beato de Liébana a Telesforo Trueba y Cossío (Menéndez Pelayo, 1982: 307-308)³. Marcelino acoge con tal fidelidad las sugerencias de Laverde que en enero de 1876 informa a su maestro: «ya está terminada y corriente para la impresión la Memoria sobre Trueba y Cossío»; y añade que, de la misma forma «pudieran irse publicando los estudios sobre montañeses que formarían una colección de 14 o 16 volúmenes», cuya relación detallada ofrece: el Beato de Liébana, Fray Antonio de Guevara, Bernardino de Escalante, Antonio de Mendoza, el Padre Rábago, Floranes, Silió, entre otros (Menéndez Pelayo, 1982: 380-381).

A finales de febrero, Laverde insiste en sus propuestas, que ahora concreta en «una colección selecta de poetas montañeses de antaño y ogaño, tomando lo mejor de cada uno y añadiendo breves notas y sucintas biografías»; y, en contra de lo aconsejado en carta anterior, no excluye de esa antología a los poetas vivos, entre los cuales se incluye a sí mismo: «Pereda, yo y algún otro suministraríamos materia» (Menéndez Pelayo, 1982: 429). La precisión nos importa porque de ahí derivará una de las más interesantes propuestas menendezpelayinas a este respecto: la existencia de una escuela poética montañesa.

En efecto, al año siguiente, don Marcelino, continuando en esa tarea de historiador de las letras regionales, firma en la *Revista Cántabro-Asturiana*⁴ un artículo sobre el poeta cántabro Evaristo Silió (fallecido dos años antes, a los 33), en el que, para situar y caracterizar su producción lírica, formula su propuesta acerca de la existencia de una corriente o escuela poética que denomina *septentrional*, propia de algunos poetas románticos –y postrománticos– asturianos, gallegos, leoneses, cántabros (expresamente menciona al berciano Enrique Gil, a los gallegos Pastor Díaz, Aurelio Aguirre y Rosalía de Castro), cuyos rasgos define así:

ofrecen todos un sello de familia, una similitud literaria que de igual suerte los aísla de la poesía castellana como de los escasos vates que han florecido en las comarcas eúskaras. Soñadores y meditabundos los *septentrionales*, distínguese por lo vago y aéreo del fondo de sus concepciones, por la melancolía intensa y profunda que casi siempre les

³ Laverde añade un consejo que Marcelino seguiría con bastante docilidad a lo largo de su vida (y no solo respecto a los autores montañeses), con muy contadas excepciones: «Omita usted a los vivos, pues no es posible juzgarlos con plena libertad, ni en todos sus aspectos, cuando aún no han completado el círculo de su existencia».

⁴ Recogido ahora en Menéndez Pelayo, 1942: 243-267.

anima, por su afición extremada a la parte sombría, nebulosa y triste de la naturaleza, que produce en ellos graves pensamientos y solemnes meditaciones. La escuela del Norte es *creyente* como todas las escuelas peninsulares, pero la expresión del sentimiento religioso no toma en sus cantos el vuelo místico de la escuela salmantina, ni la bíblica entonación *herreriana*, ni se combina con recuerdos de la Edad Media cual acontece en los modernos poetas catalanes, sino que propende a abstracciones y es siempre *subjetiva*, gustando sobre todo de cantar la triste peregrinación del hombre por este valle de lágrimas, las agitaciones y tormentos de la conciencia, el dolor y la resignación que expían y llegan a borrar el pecado. Las vagas inquietudes del alma, el anhelo y la sed de lo infinito ser, así mismo, asunto de esta poesía que da, no obstante, a tales aspiraciones un tono muy diverso del vehemente, arrebatado y encendido de nuestros grandes místicos. Rara vez escogen los vates del Norte asuntos *históricos*, cuya índole *objetiva* se presta poco a su genialidad y cuando por excepción lo hacen, suelen acudir a los más tristes y melancólicos, llamándoles sobre todo la atención las ruinas de antiguos monumentos, los países desolados, los grandes lutos de la humanidad y de la patria. Y cantan tales hechos, no con exactitud *arqueológica*, ni deteniéndose en los accesorios pintorescos, ni menos con expresión de arrebato e ira, sino con la misma reposada melancolía que muestran en el análisis de los dolores *íntimos* de su alma. (Menéndez Pelayo, 1942: 245-246).

Advirtamos que -como ya notó Cossío en 1931- esa idea menendezpelayina de caracterizar a los poetas norteños en oposición a los del sur («en los poetas del Mediodía todo es *objetivo*, todo luz, color y movimiento; en los del Norte, la tendencia es más reflexiva y más íntima, las aspiraciones del alma más vagas, la melancolía más intensa y duradera»⁵) ya había sido propuesta por Laverde en un ensayo sobre la poetisa asturiana Robustiana Armiño, donde escribía: «La organización y carácter personal del que escribe, la influencia de la naturaleza y de la sociedad que le rodea ¿no son datos y antecedentes que deben tenerse en cuenta al apreciar el tono y sentido de sus obras? ¿Podrán ser risueñas como en Andalucía las inspiraciones que brotan en las montañas de Asturias, bajo un cielo nebuloso y ante un mar bravío agitado por continuas borrascas?» (Laverde Ruiz, 1868: 23).

No parece que tal propuesta haya tenido mucha fortuna crítica⁶, a pesar de la insistencia de don Marcelino; todavía en 1907, en su prólogo a la edición póstuma

⁵ Tomo la cita de Cossío, 1974: 414, que no indica la procedencia de ese texto, aunque sí que es parte de un juicio de don Marcelino sobre la poesía de Laverde.

⁶ Solo Cossío la acepta, con algunas salvedades, en el epígrafe «Sobre la poesía norteña», que abre el capítulo XXIV de su libro de 1960: «Llámesela escuela, tendencia, o manera, es lo cierto que los poetas del norte de España tienen algunas características comunes que autorizan a hablar de una poesía norteña, diferenciada de la que nace en otros climas y otras regiones españolas»; y aduce un juicio de Menéndez Pelayo (precisamente, de su artículo sobre Silió en la *Revista Cántabro-Asturiana*), que «expresaba una verdad que ahora nos parece incompleta, por las razones que diré» (Cossío, 1960:

de *Poesías de Amós de Escalante*, la reiteraría para encuadrar en ella a este poeta santanderino (autor, por cierto, del tan citado endecasílabo «Musa del Septentrión, ¡melancolía!») como uno de sus más destacados representantes, al lado de los cántabros Evaristo Silió, Fernando Velarde y Casimiro Collado, el berciano Enrique Gil o el gallego Nicomedes Pastor Díaz (Menéndez Pelayo, 1942: 319-320). Pero hemos de reconocer que, si don Amós fue -a juicio de algunos críticos- la figura más valiosa de la lírica *montañesa* en la segunda mitad del siglo XIX (en la primera sería Silió), forzoso es deducir también que no fue en este género donde el regionalismo literario montañés alcanzó sus mejores logros. Serán otras manifestaciones prosísticas (el costumbrismo, la novela, la evocación histórica...) las cultivadas con mayor acierto y fortuna por determinados autores de Cantabria, con el patrocinio o el magisterio -pese a ser el más joven de todos ellos- de Menéndez Pelayo.

Pero antes de ocuparnos de ello es preciso tratar, siquiera sea brevemente, de otro de los aspectos obligados en la configuración de un movimiento o escuela literaria: lo que antes llamé sus «órganos de expresión y de difusión», que en este caso fueron dos revistas santanderinas (en realidad, una sola, que cambió de nombre): *La Tertulia* (1876-1877) y la *Revista Cántabro-Asturiana* (1877), a cuya historia, caracterización, significado y contenidos dedicó un fundamental e insuperado estudio Salvador García Castañeda, cuyas conclusiones aquí recogeré. Ante todo, la que las define como «publicaciones de trascendencia capital para la literatura de Cantabria, tanto por la calidad de sus colaboradores como por haber sido foco destacado en regionalismo y de una escuela literaria autóctona» (295). También nos importa su advertencia de que, aunque su director nominal (en realidad, empresario-editor) fuese el impresor Francisco Mazón, «a juzgar por los epistolarios, todo lo relacionado con las colaboraciones estaba principalmente en manos de Pereda y Menéndez Pelayo» (296); sin olvidar el papel decisivo, no solo como colaborador, del antes citado Gumersindo Laverde, responsable precisamente (con don Marcelino), del cambio de nombre de la revista⁷.

Pero la apreciación más decisiva para mi propósito, en la medida en que señala el papel de nuestro protagonista en la configuración de aquel movimiento literario,

967): no procede que recojamos aquí esas razones, aunque sí una conclusión, no del todo impertinente a mi propósito: «la caracterización general de ese tono melancólico que Menéndez Pelayo y Laverde atribuyen a los poetas norteños ha de diferenciarse en las diversas regiones, aunque siempre con ese común denominador» (Cossío, 1960: 968).

⁷ «La idea venía de *Las dos Asturias. Almanaque para utilidad y recreo de las provincias de Oviedo y Santander*, que apareció en los años 1865 y 1866, dirigido por Laverde» (García Castañeda, 1990: 298).

es su llamada de atención sobre los textos que, como presentación de la revista («Al que leyere», en *La Tertulia*; «Prospecto», en la *Revista Cántabro-Asturiana*), escribió el propio Menéndez Pelayo y que, a juicio de García Castañeda, «marcan un programa de exaltación regional». El primero de aquellos textos anunciaba que *La Tertulia* sería «eco fiel del muy notable movimiento literario que, de algunos años a esta parte, habrán notado los menos linceos en la capital de la Montaña (...) para ir conquistando por grados la *autonomía* que otras más afortunadas regiones de España disfrutaban» (García Castañeda, 1990: 301). Pero conviene advertir, como certeramente hace el maestro a quien vengo siguiendo, que los más destacados promotores de la revista (Laverde, Ángel de los Ríos, Escalante, Pereda, además de Marcelino) «eran partidarios de cierta autonomía de las regiones frente al centralismo castellano representado por Madrid. Quizá podría describirse este regionalismo como un sentimiento exagerado de amor a la patria chica frente a la metrópoli, enraizado en un etnocentrismo romántico y que era más visceral que razonado y más cultural que político» (302).

Como ha recordado Suárez Cortina, aquel movimiento trataba de recuperar «la tradición montañesa», constituyendo «el primer intento de fortalecimiento de las letras regionales (...) bajo las directrices ideológicas de un catolicismo extremadamente conservador (...) y un casticismo españolista que dificultó la conversión del *regionalismo literario*, en un regionalismo claramente político» (Suárez Cortina, 1994: 34). Y en otro trabajo, refiriéndose a Pereda, insiste: «junto a él, Escalante y Menéndez Pelayo, llevaron a cabo un proyecto de incentivación de la cultura montañesa que apuntaba en una dirección regionalista de corte tradicionalista (...) Un proyecto, frustrado, de impulso de las letras regionales que tuvo un componente regionalista. Pero, eso sí, un regionalismo de carácter cultural, que no supo, no pudo o no quiso, ser político» (Suárez Cortina, 1995: 330).

Pues bien, ese papel impulsor de Menéndez Pelayo respecto al movimiento literario regionalista que surge en La Montaña santanderina en el último cuarto del siglo XIX, es indisociable de su propia labor como estudioso de las letras de su región. No es esa la tarea más importante, ni la más valiosa de su ingente producción como historiador y crítico literario; y acaso por ello tampoco ha sido suficientemente atendida y valorada. Aportación reunida en el volumen el VI de la serie de *Escritos y discursos de crítica histórica y literaria* (1942), en la llamada «Edición Nacional» de sus *Obras Completas*; y que, para respetar el acuñado por el propio autor, lleva como título *Escritores montañeses*. Volumen que se abre con un breve texto, titulado «Prospecto de la sociedad de bibliófilos cántabros»: una hoja suelta, impresa en la reconocida casa Martínez, de Santander, e inserta en las páginas de la revista *La Tertulia* en 1876, cuyo texto, aunque se divulgó como anónimo, nos consta que fue

redactado por Marcelino⁸. Sus palabras iniciales indican claramente no solo las aspiraciones del grupo, sino también la postura del joven sabio ante las letras y la cultura de su región:

El amor a las glorias del país natal, y la atención que de algunos años a esta parte, viene dedicándose por propios y extraños a su historia, costumbres y tradiciones ha inducido a algunos curiosos y aficionados a constituir un centro de actividad bibliográfica, que pueda reunir los esfuerzos parciales de cada uno de los investigadores de nuestras antigüedades, y extender más y más el conocimiento y estudio de las obras de autores montañeses, así como de las relativas a cosas de esta provincia. (Menéndez Pelayo, 1942: 3-4)

No cabe que nos detengamos aquí en los pormenores de aquel proyecto (*vid.* Maza Solano, 1931), pero sí importa recordar que entre los autores que la Sociedad se proponía rescatar estaba Telesforo Trueba y Cossío. Pocos meses más tarde, la misma Imprenta y Librería de Martínez publicaba un volumen en cuya portada constaba: *Estudios Críticos sobre Escritores Montañeses*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Doctor en Filosofía y Letras. I. Trueba y Cossío. El libro se abría con unas consideraciones generales, donde el autor exponía los presupuestos que fundamentaban esa recuperación de los escritores olvidados de su región:

Empresa meritoria se ha juzgado siempre la de formar catálogos y bibliotecas particulares de los escritores insignes en letras divinas y humanas que han florecido en una comarca o en un tiempo determinados (...) No extrememos, sin embargo, estas consideraciones. Ciertamente por causas de todos sabidas y que no es preciso recordar ahora, ni los estudios florecieron nunca en la Montaña como en otras regiones de España, ni nuestra provincia puede presentar un número de escritores comparable al de otras tierras superiores a ella hasta en extensión material, si de esto se tratara (Menéndez Pelayo, 1942: 87).

Toda una declaración de principios que, como expuse en las páginas precedentes, fundamentaría las actividades de aquel grupo de intelectuales cántabros que, a partir de 1876, intentó promover una recuperación de las glorias literarias regionales y que, como natural consecuencia, posibilitó el que apuntase un movimiento literario regionalista. Hoy sabemos que, pese al entusiasmo y notables frutos iniciales, aquello no cuajó en algo históricamente significativo⁹. Y no sería del todo imperti-

⁸ Maza Solano, 1931 transcribe y comenta diferentes versiones de ese texto, según los borradores y manuscritos conservados.

⁹ Con todo, a distancia parece que sí se percibió la existencia de tal escuela o movimiento; al menos, por parte de quienes estaban muy interesados en que ese tipo de movimientos proliferasen, en la medida en que podían afianzar los propios. Indicio de ello pueden ser los artículos que el eminente crítico catalán Josep Yxart publicó en *La Vanguardia* de Barcelona en febrero y marzo de 1891 sobre el regionalismo literario que se manifestaba en el álbum *De Cantabria*, aparecido en Santander por

nente apuntar que la marcha de Marcelino a la corte, llamado a más altos e importantes destinos, primero en la Universidad Central, luego en la Biblioteca Nacional y en las Academias, dejó al grupo en una cierta orfandad intelectual.

De los que se quedaron, sin duda era José María de Pereda el más dotado de talento literario, pronto confirmado por el éxito nacional de sus libros; pero aquel prestigio no fue suficiente para que su magisterio ejerciese una verdadera influencia en tal supuesto movimiento. Con todo, si la sombra de don Marcelino pudo haber ejercido sobre ellos una cierta tutela, sería a través precisamente de Pereda. Ello nos lleva, para cerrar estas reflexiones, a considerar, de un lado, el papel decisivo de Menéndez Pelayo sobre la obra perediana; y, de otro, la hipotética existencia de una tendencia o escuela literaria cuyo maestro habría sido el autor de *Peñas arriba*.

Viniendo a lo primero, recordemos que la influencia menendezpelayina sobre la literatura perediana es de tal grado que se ha podido decir que Pereda es «hechura» de Menéndez Pelayo; que muchos de sus escritos responden -más o menos fielmente- a los consejos, las sugerencias, las propuestas, las imposiciones a veces, del sabio santanderino. Buena parte de cuyos escritos críticos sobre Pereda podrían leerse como los informes o calificaciones de un profesor respecto a lo que ha escrito su alumno en sus «ejercicios de prueba»; no diré «exámenes», por si parece excesivo, pero la actitud del novelista, a la espera de lo que dirá (o no dirá) el sabio (que ya era catedrático) acerca de su libro recién publicado no está muy lejos de la ansiedad con que el estudiante espera su calificación. Como ha escrito Rodríguez Gutiérrez (2006: 253), «a pesar de la diferencia de edad, Pereda es pupilo literario de Menéndez Pelayo». Si esta influencia del crítico fue o no beneficiosa para el creador es algo sobre lo que se ha discutido bastante. Mas no cabe duda de que si la obra de Pereda fue como fue -en sus aciertos y en sus limitaciones- la responsabilidad de don Marcelino es muy alta. Y no olvidemos, para el asunto que en estas páginas me ocupa, que la misión del escritor polanquino, a juicio de su mentor santanderino, era la de convertirse en portavoz de la región que ambos compartían: de ahí, por ejemplo, las conocidas reticencias menendezpelayinas ante los libros «madrileños» del novelista (*Pedro Sánchez, La Montálvez*).

Un repaso exhaustivo¹⁰ a los escritos (reseñas, prólogos, discursos) dedicados a la obra del novelista -desde su reseña a *Bocetos al temple*, en *El Aviso*, de Santander, en agosto de 1876, hasta el discurso que pronunció el 23 de enero de 1911, con moti-

aquellas fechas, promovido por un grupo de «escritores y artistas montañeses», uno de cuyos líderes era Enrique Menéndez Pelayo, médico y periodista hermano de don Marcelino (tomo la referencia de Bonet, 1983: 125).

¹⁰ Lo hago en mi libro de 1983; *vid.* una sucinta y sugestiva interpretación en Rodríguez Gutiérrez, 2006; también Clarke, 2009. Casi todo lo escrito por Menéndez Pelayo sobre Pereda se recoge en el citado volumen VI, *Escritores montañeses*, de sus *Escritos y discursos de crítica histórica y literaria*.

vo de la inauguración del monumento a Pereda en los jardines que llevan su nombre en la ciudad de Santander- permitiría demostrar lo que he afirmado. Pero acaso sea suficiente con que atendamos a ese último discurso, con el que Marcelino Menéndez Pelayo culmina, de manera tan brillante como sentida, su dedicación a la obra del autor de *Peñas arriba*.

Una de las mejores piezas oratorias de don Marcelino, según opina Rodríguez Gutiérrez en su espléndido análisis de ese texto. Todas las ideas de este discurso, escribe, «están ya expuestas con anterioridad en algunas de las muchas páginas que el estudioso montañés dedicó a su paisano. El discurso ordena, sistematiza y da una forma plena y definitiva a las ideas de Menéndez Pelayo. Presenta la imagen que él quiere consagrar del polanquino» (Rodríguez Gutiérrez, 2006: 242). De modo que encontramos aquí «la formulación definitiva, no ya de cómo Menéndez Pelayo juzgaba a Pereda, sino de cómo quería que fuese el novelista Pereda» (Rodríguez Gutiérrez, 2006: 231). Para don Marcelino, el escritor de Polanco es un *genio*, entendiendo el término a la manera romántica: «poeta de la raza y de la tierra (...) auténtico, primitivo, inspirado, natural, espontáneo, original, iluminado, profético (...) explorador de un *mundo poético* nuevo (...) destinado a ser el poeta de la raza y la patria cántabra (...) Una tierra hasta entonces desconocida por todo el mundo entra de lleno en el ámbito universal del arte» (Rodríguez Gutiérrez, 2006: 236).

Un último punto me queda por tocar, y es el de la hipotética escuela perediana, como secuela tardía de aquel *regionalismo literario montañés* que Menéndez Pelayo impulsó. Para no repetir aquí lo expuesto en otro lugar (González Herrán, 1998), me limitaré a recoger algunas conclusiones, aplicadas a lo que ahora nos importa. Es sabido que en ese último tercio del siglo XIX -hasta bien entrado el XX-, hay novelistas españoles¹¹ que cultivan, con mayor o menor acierto, pero con notable eco y estima entre sus paisanos, lo que se ha llamado *novela regional*, que tiene a José María de Pereda como su principal teorizador y maestro¹². Hasta el punto de que, según abundantes testimonios (tanto de sus propios cultivadores como de los críticos coetáneos¹³), llega a convertirse en un tópico la mención de su nombre y deter-

¹¹ Entre otros muchos, Amós de Escalante, Manuel Polo y Peyrolón, Benito Mas y Prat, Ricardo Macías Picabea, José María Matheu Aybar, Arturo Campeón, Alfonso Pérez Nieva, Luis Maldonado, Luis M^a López Allúe, Salvador Rueda, Arturo Reyes Aguilar, Juan Ochoa, Juan Francisco Muñoz Pabón, Francisco Acebal, Juan Blas y Ubide (González Herrán, 1998: 454-455).

¹² Me he ocupado de ello en el trabajo antes citado y también en González Herrán, 1992: allí aduzco los dos principales textos teóricos de Pereda sobre la *novela regional*: su discurso como mantenedor de los Juegos Florales de Barcelona, en mayo de 1892, y su discurso de ingreso en la RAE, en febrero de 1897.

¹³ Menciono algunos en González Herrán, 1998: 453-455.

minados títulos suyos (*El sabor de la tierra, Peñas arriba*), como modelos o referentes de esa modalidad. Cabría esperar, lógicamente, que fuese en su región donde abundasen más los discípulos o continuadores; pero si se ha podido acuñar el término *peredismo*, como «una epidemia literaria española que todavía dejó huellas abundantes en las letras católicas de los años 1910-1936» (Mainer, 2002: 22), no fue la Montaña donde tal modalidad floreció de modo especialmente valioso¹⁴. Y ello porque, en mi opinión, Pereda no ejerció un verdadero magisterio ni dejó discípulos, aunque sí tuvo imitadores, cuyos textos (preferentemente, costumbristas; menos, novelísticos) remiten de manera inequívoca -a veces, incluso en sus títulos- a las obras más representativas del escritor polanquino.

El propio Menéndez Pelayo parece advertirlo cuando, en su citado artículo sobre Amós de Escalante, publicado al año siguiente de la desaparición del autor de *Escenas montańesas*, emparejaba ambos nombres, confrontando y comparando sus respectivas visiones de lo montańés, pero apuntado también su condición (que, como ya hemos visto, repetiría en el discurso de 1911, aplicada ahora solo a Pereda) de portavoces de una identidad regional, al fin recobrada:

lo que en nuestro gran Pereda es cuadro de género tocado con la franqueza y brío de los maestros holandeses y españoles, es en Amós de Escalante vaga, misteriosa y melancólica sinfonía, que sugiere al alma mucho más de lo que con palabras expresa. Ambos han visto la Montaña como nunca ojos humanos la habían visto antes que ellos; ambos la han amado con amor indómito y entrañable, y puede decirse que su obra se completa para gloria de nuestra gente, que, después de haber guardado un silencio de siglos, habló al fin por sus labios inmortales. (Menéndez Pelayo, 1942: 273).

Pero «la sombra de don Marcelino», impulsor de un *regionalismo literario montańés*, no se prolongaría más allá de lo que sus palabras de aquel discurso de 1911 habían declarado: como nadie recogió la antorcha perediana, quedó vacante el título de «poeta de la raza y la patria cántabra».

¹⁴ Para los continuadores cántabros del modelo perediano, véanse los libros de Lázaro Serrano, 1985 y 2006.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BONET, Laureano, «Pereda, entre el regionalismo y la lucha de clases, crónica de un viaje a Cataluña», en *Literatura, regionalismo y lucha de clases* (Galdós, Pereda, Narcís Oller y Ramón D. Perés), Barcelona, P.P.U., 1983, págs. 117-220.
- CLARKE, Anthohy H., «Pereda en busca de la novela, el papel de (Don) Marcelino», en: R. Gutiérrez Sebastián y B. Rodríguez Gutiérrez (eds.), *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2009, págs. 193-213.
- COSSÍO, José M^a de, *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960.
- COSSÍO, José M^a de, «Gumersindo Laverde y Ruiz», en *Estudios sobre escritores montañeses*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1974, vol. II, págs. 387-414 [el artículo se había publicado previamente en el *Boletín de la Real Academia Española*, en 1931].
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «La Tertulia (1876-1877), la Revisa Cántabro-Asturiana (1877) y su aportación a las letras de Cantabria», *BBMP*, LXVI, 1990, págs. 295-341.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «Menéndez Pelayo (1856-1912) y los escritores montañeses», *BBMP*, monográfico dedicado a Marcelino Menéndez Pelayo, 2012 [en prensa].
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*. Santander, Ediciones de la Librería Estvdio-Ayuntamiento de Santander, 1983.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, «Pereda y la novela regional», *Ínsula*, 547-548 (julio-agosto 1992), págs. 35-36.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, «José María de Pereda: entre el costumbrismo y la novela regional», en V. García de la Concha (dir.), *Historia de la Literatura Española*. 9, L. Romero Tobar (coord.), *Siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, págs. 436-456.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, «Menéndez Pelayo y los escritores de Cantabria». Conferencia en la Cámara de Comercio de Torrelavega, organizada por el Ayuntamiento de Torrelavega y la Real Sociedad Menéndez Pelayo, con motivo del «Día del Libro», 23 de abril de 2012 [iné dita].
- LAVERDE RUIZ, Gumersindo, «Poesías de doña Robustiana Armiño (Oviedo, 1851)», en *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción públicas españolas*, Lugo, Imprenta de Soto Freire, 1868, págs. 21-37.
- LÁZARO SERRANO, Jesús, *Historia y antología de escritores de Cantabria*, Santander, Ediciones de la Librería Estvdio-Ayuntamiento de Santander, 1985; reedición ampliada: *Literatura cántabra*, Santander: Ediciones Valnera, 2006.
- MAINER, José Carlos, «Notas sobre el regionalismo literario en la Restauración: el marco político e intelectual de un dilema», en J. C. Mainer y J. M^a Enguita (eds.), *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2002.
- MAZA SOLANO, Tomás, «La Sociedad de Bibliófilos Cántabros que intentó formar Menéndez Pelayo. Apuntes para su historia y fundamentos de un nuevo proyecto», *BBMP. Homenaje a D. Miguel Artigas*, II, 1931, págs. 146-188.

- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, «Prospecto de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros», en *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. VI, *Escritores montañeses*, ed. E. Sánchez Reyes, Santander, CSIC-Aldus, 1942, págs. 3-7.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, «Estudios críticos sobre escritores montañeses. Don Telesforo Trueba y Cossío», en *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. VI, *Escritores montañeses*, ed. E. Sánchez Reyes, Santander, CSIC-Aldus, 1942, págs. 87-163.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, «Don Evaristo Silió y Gutiérrez», en *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. VI, *Escritores montañeses*, ed. E. Sánchez Reyes, Santander, CSIC-Aldus, 1942, págs. 243-267.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, «Don Amós de Escalante (*Juan García*)», en *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. VI, *Escritores montañeses*, ed. E. Sánchez Reyes, Santander, CSIC-Aldus, 1942, págs. 270-324.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, «Discurso en la inauguración de un monumento a don José María de Pereda en Santander», en *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. VI, *Escritores montañeses*, ed. E. Sánchez Reyes, Santander, CSIC-Aldus, 1942, págs. 393-397.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Epistolario*, ed. M. Revuelta Sañudo, I (junio 1868-marzo 1876), Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja, «Menéndez Pelayo y la creación del mito de Pereda, el *genio natural*», *BBMP*, LXXXII, 2006, págs. 231-159.
- SUÁREZ CORTINA, MANUEL, *Casonas, hidalgos y linajes. La invención de la tradición cántabra*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, «José María de Pereda. Tradición, regionalismo y crítica de la modernidad», en A. Montesino González (ed.), *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra*, Santander, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, 1995, págs. 317-334.